

El cuerpo del trabajo

Alejandra Laera

Universidad de Buenos Aires

Fermín Rodríguez

Universidad de Buenos Aires / CONICET

La literatura moderna nunca se llevó del todo bien con el mundo del trabajo. Campo tradicional de indagaciones de las ciencias sociales y sus relatos, ese mundo gris de la actividad productiva, donde reside, desde Marx, el principio de racionalidad que gobierna la sociedad, ha resultado casi invisible para el régimen de identificación de sujetos, objetos y acciones que constituyó el horizonte de autonomía de las ficciones literarias. “No hay historia posible en el mundo del trabajo”, señaló Ricardo Piglia siguiendo esta lógica, a propósito de un autor argentino de la primera mitad del siglo XX como Roberto Arlt y de un tipo de relato cuya condición era la interrupción de la vida cotidiana y del ciclo del trabajo.¹ Decía Piglia que, en Arlt, el trabajo capitalista solo producía desigualdad y miseria, y que esa verdad última de la sociedad es lo que pesa sobre las literaturas sociales y su función militante de decir y mostrar, en forma inmediata y en continuidad con la vida, la explotación económica. Los hombres y las mujeres que viven de su sueldo, remataba Piglia, son personajes insignificantes tragados por las repeticiones del

¹ Ricardo Piglia, “Roberto Arlt. La ficción del dinero”. *La Argentina en pedazos* (Buenos Aires: La Urraca, 1993), 124.

hábito, que a diferencia de los personajes de Arlt, “no tienen nada que contar”.² De hecho, el mundo del trabajo y la vida del trabajador que representó el realismo denunciante, impulsado en distintos momentos (como los años 30 en los que escribía Arlt) por las cruentas condiciones laborales, la lucha obrera o el enfrentamiento entre clases, siempre partió de la alteración total de la rutina propia de ese mundo y esa vida, de la posibilidad novelesca inherente al conflicto mismo, porque era allí donde se encontraba algo que contar y no en la descripción inalterada de los hábitos.

Ligadas entonces a la producción de un verosímil y apostando en mayor o menor medida o bien al cierre formal de las obras o bien a su capacidad denunciante, las construcciones de lo literario pensadas en el marco de la modernidad obliteraron el protagonismo del trabajador, de sus modos de vida. La literatura moderna, aquella que montó su cualidad diferencial en la autonomía y que, salvo excepciones, se erigió en unidad de valor, toma una doble distancia que la separa del mundo antinovelesco de los fines prácticos y los cuerpos dóciles encerrados en la fábrica, codificados bajo el signo del capital y la productividad, tanto como del mundo suplementario al tiempo de producción, esa vaga constelación de actos repetitivos dedicados a recuperar, renovar y refrescar sus energías, que no llegan a tomar la forma de acontecimientos novelescos; doble distancia, por lo tanto, frente al tiempo del trabajo y frente al tiempo que necesita un cuerpo “para crecer, desarrollarse y conservarse sano”, como decía Marx planteando la necesidad de limitar la jornada laboral.³

Ahora bien: concluido ya parcialmente el ciclo modernista en su sentido más formalista y abierta la literatura a diálogos transversales que han reformulado la relación con otras artes, con la vida y con la sociedad, su reacción ante el trabajo (sus espacios, sus personajes, sus prácticas) también se ha transformado. Inmersa en redes culturales más amplias, donde circula sin sus privilegios tradicionales, la literatura se orienta hacia la vida según esa otra modernidad artística que consiste menos en la declaración de la autonomía del arte que en la voluntad de unir el arte con la vida. Se está bastante lejos ya de una ficción que, siguiendo la lógica de los clásicos latinoamericanos de los siglos XIX y XX, se definía en la tensión entre historia y literatura, y entregaba novelas con alegorías, mitos de origen o fábulas de

² Ibid., 125.

³ Karl Marx, *El Capital. Crítica de la economía política. Tomo I*. Trad. Wenceslao Roces. (México, Fondo de Cultura Económica, 2000). 208.

identidad.⁴ En cambio, asistimos, en la contemporaneidad, a un giro documentalista de la literatura que ha incidido notablemente incluso en los modos de hacer ficción.

En estas aperturas, es donde la literatura se ha abierto también al mundo del trabajo. Solo que ese mundo ha cambiado por completo: la desintegración del mundo del trabajo o la desaparición de un mundo laboral reconocible en medio del desmantelamiento de los ya de por sí inacabados estados de bienestar latinoamericanos a finales del siglo XX pone en crisis las formas que tiene nuestra cultura de asegurar la reproducción social, comenzando por la relación salarial. La figura del ciudadano cuya vida está organizada por el trabajo, escandida por la semana laboral y protegida por un sindicato, se desvanece en un terreno eminentemente biopolítico, regulado por un entramado de poderes y tácticas disueltas en la materialidad de lo viviente que ya no tienen al Estado ni a las formas de habitar la nación como referencia exclusiva para la producción de subjetividad.

En ese sentido, los vínculos del estado y la sociedad se han reformulado dramáticamente, a la par que la vida se ha ido mezclando cada vez más con el mercado, que empuja a los trabajadores ya no a ser productores ni consumidores sino a reconvertirse en “empresarios de sí mismos”, sin la experiencia colectiva de las sociedades del trabajo. Todo el campo de la vida social queda transformado por el neoliberalismo en un campo económico: una fábrica biopolítica abierta las 24 horas que consume la vida del cuerpo, y no sólo el repertorio de gestos repetitivos y esfuerzos a secas traducido como fuerza de trabajo en el espacio privilegiado de la fábrica.

En tal estado de cosas, ¿qué ocurre con las figuraciones de los cuerpos en la literatura y el arte contemporáneos cuando el trabajo se vuelve irreconocible porque los modos de producción de realidad y de sentido se han transformado? ¿Qué sabe la literatura acerca de los nuevos modos de subjetivación y formas de vida para las cuales el trabajo como lugar donde se forjan identidades y proyectos dejó de ser la medida y sustancia de lo social? ¿Qué ocurre cuando el trabajo toma cuerpo y qué es lo que esos cuerpos pueden? Sin dejar de pensar en el efecto de sus procedimientos y sus formas, la literatura contemporánea del cambio de milenio recogió entre sus páginas el tendal de cuerpos relegados que el “salto modernizador” de las políticas neoliberales estaba dejando al margen de las formas

⁴ Analizando los procesos de desterritorialización y desubjetivación de las literaturas nacionales, dice Josefina Ludmer que “la narración clásica canónica, o del boom (*Cien años de soledad*, por ejemplo) trazaba fronteras nítidas entre lo histórico como ‘real’ y lo ‘literario’ como fábula, símbolo, mito, alegoría o pura subjetividad (...) La ‘ficción’ era la realidad histórica, política y social, pasada (o formateada) por un mito, una fábula, un árbol genealógico, un símbolo, una subjetividad o una densidad verbal”. Josefina Ludmer, *Aquí América Latina. Una fábula* (Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2010), 152.

tradicionales de inclusión y reconocimiento estatales. Y a partir de sus capacidades de representar, de hablar y de actuar, a partir de las experiencias compartidas de la palabra, las voces, la mirada y los sonidos, la producción artística introduce una nueva distribución de lo sensible⁵ (el mundo sensible de lo anónimo) que es una captación de las fuerzas y los dispositivos micropolíticos que atraviesan nuestros territorios subjetivos, conectan con nuestra propia vulnerabilidad y nos fuerzan a pensar, a partir del cuerpo y su potencia indeterminada, en alternativas de contrapoder.

Los cuerpos del trabajo que circulan por el dossier que presentamos surgen del contacto con fuerzas que actúan a un nivel micropolítico, allí donde se hacen y se deshacen los cuerpos de una comunidad según encuentros que aumentan o disminuyen nuestra capacidad de actuar y de sentir colectivamente. Líneas de extrañamiento y de disenso, de ruptura y de creación se multiplican por mundos sin relato y sin trabajo, donde la relación entre lo reconocible y lo irreconocible, lo visible y su significación, el yo y el nosotros se transforman a fuerza de conflictos entre regímenes de sensorialidad y formas de enunciación. En este sentido, los ensayos que forman parte de “El cuerpo del trabajo” miran a través de la literatura, pero también de la crónica, el cine, el teatro y los ensambles de cuerpos del activismo feminista, todos los cambios que hemos mencionado, y lo hacen, precisamente, focalizando en dos dimensiones de los cuerpos del trabajo: la “precarización”, objeto de la primera parte, y su “fuerza”, objeto de la segunda.

En “Precarización”, proponemos enfatizar el funcionamiento de un nuevo dispositivo de poder con raíces en la economía de mercado que ha creado una nueva fuerza de trabajo precarizado a partir de una reorganización de la esfera de lo sensible que es también, en su materialidad, terreno de lucha donde se afirman resistencias e invenciones. Se trata de un nuevo régimen de significación que conecta los territorios más precarizados del trabajo con nuevas formas de extracción de valor que tienen como blanco la persona entera, con su poder indeterminado de actuar, de hablar, de amar y transformar lo existente, irreductible a una tarea específica pero capaz de singularizarse en cada acción.

El cuerpo se pone a trabajar de diverso modo en esta primera parte de nuestro dossier. Elegimos el artículo de Verónica Gago “El cuerpo del trabajo. Tres escenas cartografiadas desde el paro feminista” para la apertura por razones que son, antes que teóricas, metodológicas, ya que propone una “cartografía práctica” del paro internacional de mujeres que a escala masiva viene realizándose en

⁵ Jacques Rancière, *El reparto de lo sensible. Estética y política* (Buenos Aires: Prometeo Libros, 2014).

diferentes ciudades del mundo y que por la dinámica que desde 2016 ha logrado en la Argentina, sirve para volver visible una multiplicidad de conflictos en torno a las nuevas formas de producción y explotación del valor que confluyen el trabajo femenino. Si bien la literatura no es el objeto del discurso de Gago, lo “literario” está en el momento de construcción de un corpus de materiales heterogéneos—las tres “escenas” del mundo del trabajo precarizado de las mujeres—que en su ensamblaje “exhiben una metodología de composición” que es también una política de la crítica.

La condición precaria como terreno definitorio de los procesos de neoliberalización que vienen transformando dramáticamente América Latina desde finales de los años 70 ingresa en nuestro dossier a través del personaje de Macabéa, la protagonista del clásico *A hora da estrela* (1977) de Clarice Lispector. Macabéa es “la incompetente” del título del ensayo de Gabriel Giorgi—“*La incompetente. Precariedad, trabajo, literatura*”—una figuración precursora de la vida precaria a la luz de la cual la figura del trabajador y la trabajadora de las retóricas desarrollistas latinoamericanas comienza a volverse irreconocible. Lispector fue capaz de detectar tempranamente los nuevos anudamientos entre trabajo y subjetividad en contextos de neoliberalización, anticipando con su escritura operaciones estéticas y políticas que actúan en nuestro presente.

La herencia cultural del desarrollismo y su dislocación son el objeto de los ensayos de Julio Ramos “Sonidos del trabajo” y de Marcos Del Cogliano, “Monstruos, galanes, sumisos: la disputa en torno a la representación visual del trabajador nacional”. El aporte de Ramos es importante a la hora de interrogar las condiciones de alienación sensorial que están en la base de cierta “estetización” del trabajo fabril por parte de una política estatal con la que la política del arte disiente. En su artículo “Sonidos del trabajo”, Ramos analiza el polémico documental *Taller de Línea y 18* (1971) del cineasta cubano Nicolás Guillén Landrián poniendo en primer plano la producción de disenso a partir de la dislocación del régimen audiovisual del trabajo industrial y de la organización del tiempo productivo, con sus implicaciones en el gobierno de los cuerpos del trabajo. La correspondencia entre una asamblea obrera y las operaciones de ensamblaje de una guagua en una pequeña fábrica de La Habana sirve de punto de partida para un experimento visual y sonoro que rompe con la ilusión de sincronía y de coherencia con que el cine colabora en la construcción de las coordenadas sensoriales y cognitivas del consenso. En el artículo de Del Cogliano, la figura ejemplar del trabajador nacional como ciudadano del futuro proyectada por la pedagogía estatal de la Argentina peronista de mitades de siglo XX, expresadas en monumentos, obras plásticas,

medios gráficos y performances, queda tensionada por una dinámica de masas que no se dejan articular ni estabilizar en términos de sentido.

De la fábrica al supermercado, del operario u operaria fabril a la servilización creciente del trabajo, la literatura de América Latina registra nuevas territorializaciones del trabajo y del poder, con raíces en el cuerpo y sus afectos. Fábrica afectiva del capitalismo tardío, el supermercado de la novela de Diamela Eltit *Mano de obra* (2002) es un complejo multisensorial saturado de relaciones de poder donde se produce un tipo de subjetividad que no es simplemente el cuerpo dócil, individualizado y adiestrado de las grandes instituciones del encierro. En la lectura de Fermín Rodríguez, “Abierto las 24 horas. Estética y (súper)mercado”, los personajes de *Mano de obra* son los trabajadores afectivos del capitalismo contemporáneo, contruidos biopolíticamente en medio de una atmósfera afectiva aterradorante que va corroyendo y desgastando sus contornos laborales hasta volverlo irreconocible.

Finalmente, a través de la crónica de Laura Meradi *Alta rotación* (2009), Martín De Mauro interroga en su artículo “Rotar en la precariedad o sobre el trabajo de los jóvenes” la rentabilidad afectiva de una serie de jóvenes trabajadoras cuya intensidad subjetiva puesta a trabajar y a producir relaciones sociales se vuelve campo de producción de valor y de explotación capitalista. Variables vitales como el entusiasmo y el optimismo, más que el esfuerzo y el sacrificio del trabajador tradicional, se vuelven dimensiones vitales de un modo de explotación que aspira con la calculada crueldad de los “trabajo basura” a la gestión total de la vida.

En la segunda parte del dossier, por su lado, abordamos el cuerpo involucrado en el trabajo poniendo en cuestión la “Fuerza” de ese cuerpo. De este modo, evocamos la noción de fuerza de trabajo elaborada por Marx para referirse a la capacidad dada por las aptitudes físicas y mentales que posee un cuerpo y que se despliegan al producir valores de uso, esto es: objetos de cualquier naturaleza. El trabajo, aclara Marx, es precisamente el resultado de emplear ese potencial que implica la fuerza de trabajo. Que esta segunda parte del dossier se denomine solamente “Fuerza”, entonces, es la evocación de una noción que fue fundamental para comprender, en sus líneas generales, la lógica y el funcionamiento del trabajo en su etapa capitalista por lo menos hasta los años 70 y, en América latina, todavía hasta los 90, pero que en el mundo contemporáneo resulta ya insuficiente. Tanto debido a los cambios brutales en los regímenes de trabajo como a la transformación de los tipos de trabajo y el modo de vida que acarrear, se ha puesto en crisis la potencia física y mental de los cuerpos con resultados que van de la explotación y la desvalorización máximas de la fuerza entendida en los términos marxistas a su

desechamiento y aniquilación. En ese punto, la superposición múltiple de tipos y modalidades de trabajo residuales y emergentes a la que asistimos en la actualidad, el solapamiento entre la condición precarizada y autoempresaria de los cuerpos explica la elección, para titular esta segunda parte del dossier, de la sola mención de “fuerza” como llamado de atención, como señal de la desintegración de un mundo conocido en el que se mueven los cuerpos del trabajo y también del potencial revulsivo que esos cuerpos poseen. En este contexto, los artículos de esta sección también abordan las condiciones, la índole y las prácticas del trabajo artístico, de modo tal que escritores y artistas se confrontan, así, con lxs demás trabajadores y con sus cuerpos.

En “Transmigraciones y desaparición del trabajo en dos novelas latinoamericanas recientes”, Betina Keizman aborda las transformaciones del trabajo en *Leñador o las ruinas continentales* (2013) del escritor norteamericano-argentino-chileno Mike Wilson y en *La trans migración de los cuerpos* (2013) del mexicano Yuri Herrera: ambos textos presentan, en sus palabras, “zonas casi desdibujadas del trabajo en las sociedades contemporáneas, lo que podríamos denominar un último grado de aparición (o desaparición) que agita transformaciones fundamentales en imaginarios sociales, económicos y modos de vida”. Pero además, se trata en los dos casos de novelas que interrogan metareflexivamente las condiciones del trabajo artístico en la actualidad en relación con sus instancias de producción y con sus prácticas. A continuación, Sandra Contreras también hace, en “Una investigación teatral y fílmica sobre el trabajo: algunas obras de Gerardo Naumann”, un estudio puntual, en este caso para abocarse en profundidad a la producción del artista argentino Gerardo Naumann, a quien elige como una suerte de prisma para explorar tanto las condiciones de las performances realizadas por los trabajadores en tanto trabajadores, como la de la propia condición del artista que trabaja. Productividad e improductividad, virtuosismo y politicidad del arte son categorías que este ensayo revisa a la luz de nuevas experimentaciones artísticas. Por su parte, Alejandra Laera pone el foco en los modos en los que el cuerpo de un/a escritor/a puede ser interpelado como fuerza de trabajo. En “Escribir con todo el cuerpo. Algunas figuraciones del trabajo literario en la narrativa contemporánea del Cono Sur”, Laera explora un conjunto de narraciones contemporáneas buscando visualizar la relación entre escritorxs, trabajo y cuerpo en una dimensión a la vez vital y económica. Finalmente, cerramos el dossier con el ensayo de Sarah Wells “Sex Work in the Cinema: Lessons from the 1970s”, que sigue el recorrido del trabajo sexual, entre otras formas de trabajo inmaterial, a lo largo de varias décadas según los modos en que se hace presente en

el cine latinoamericano y particularmente en el brasileño. Por esta vía, Wells da cuenta de la actual transformación en la noción de “cuerpos que trabajan” y, tanto por sus temas como por sus propias prácticas, del modo en que puede ser cuestionada la noción misma de trabajo.

La propuesta del dossier es entonces reflexionar acerca de las condiciones del trabajo en el mundo contemporáneo desde la perspectiva de los cuerpos, pero también intervenir, usando la literatura y las artes como materiales y la crítica como herramienta, en ese campo minado que entrecruza vidas y subjetividades con economía y política y con sociedad y mercado, solo por mencionar las principales variantes. Mapear ese estado de cosas en América Latina, con la convicción en la potencia de la literatura y las artes junto con la confianza en la crítica, es un modo inicial pero, creemos, imprescindible de esa intervención.